

De una generación la otra...
El proceso en terapia familiar psicoanalítica

Françoise De Benedetti
Frédéric Missenard

La terapia familiar psicoanalítica constituye una variante de la técnica analítica y del encuadre de la cura clásica. Es el enfoque de los funcionamientos psíquicos situados en un espacio de indiferenciación, de confusión entre psiquismos, que contiene los vínculos simbióticos primarios. Se interesa en el contenido y en la interacción de esos vínculos y toma en cuenta el fracaso parcial de su maduración hasta la constitución del objeto y de su alteridad, del sujeto y del doble límite. Citando a Green, afirmaremos que "los ajustes del encuadre no tienen otra función que la de facilitar la función de representación". Este encuadre ajustado permite situarse más allá de las problemáticas particulares, en aquellos casos en los que la dimensión intrapsíquica en la generación de los hijos aparece obstaculizada en su funcionamiento singular, y carente de verdaderas potencialidades de subjetivación; es el efecto y el impacto de una problemática familiar heredada que ejerce violencia sobre el proceso de transmisión intergeneracional, y se actualiza sobre un modo transubjetivo y transgeneracional. El régimen de intercambios en el seno de estas familias lleva la impronta de las acciones desimbolizantes, en los que prevalece una identificación proyectiva patológica, una forma de invasión psíquica que se opondría al establecimiento de un área transicional. El abordaje terapéutico individual, según el modelo de la neurosis infantil fundado en el complejo de Edipo, resulta, en estos casos, muy poco movilizador, dado que los espacios psíquicos mal individualizados se encuentran en el corazón de la negación de las diferencias: de los individuos, de los sexos y de las generaciones, y partiendo de la prohibición del incesto separador.

Queremos mostrarles cómo el trabajo psicoanalítico con el grupo familiar tiende a despejar las cuestiones narcisistas que surgen en el encuentro de las problemáticas parentales y de los fundamentos inconscientes de la pareja. Estas cuestiones son

determinantes para los niños que se ven obligados a sostener el único rol de objeto narcisista. Las defensas desplegadas en estos contextos se presentan en un modo grupal compartido y arduo: se trata de las denegaciones comunes y los clivajes que suscitan; podemos referirlos a la "comunidad de denegación" de Michel Fain, por un lado, así como a lo que P.C. Racamier pudo desarrollar en términos de lo incestuoso de fantasías no-fantasías, y de anti-Edipo. También la noción de aparato psíquico grupal de René Kaes permite dar cuenta de una concepción de espacios aglutinados en resonancia fantasmática común e identificaciones mutuas.

En este encuadre terapéutico particular, la presencia bigeneracional de los miembros de la familia es requerida al ritmo de sesiones regulares que permitan la analizabilidad de la transferencia familiar grupal sobre una pareja de terapeutas, potencialmente percibidos como representantes de la generación precedente y de las imagos ancestrales. Se trata de hacer advenir, aquí, un "ahí donde estaba" más allá del principio del placer, del orden de la compulsión a la repetición, actualizada por las acciones en búsqueda de representaciones, y de promover una puesta en fantasía que ofrezca la posibilidad de una apropiación individual y subjetivante. Dicho de otra manera, se trata de encontrar las condiciones de esta apropiación, de tornar al Edipo apropiable. El trabajo psicoanalítico con el grupo familiar es, para nosotros, una forma de análisis transicional en el sentido propuesto por René Kaes y que Didier Anzieu redefinió.

La cura que vamos a presentarles transcurre en un encuadre institucional donde muchos psicoanalistas experimentan y trabajan este modelo, que se desarrolla en respuesta a las dificultades terapéuticas que paralizan ciertos tratamientos individuales de niños y cuando la problemática parental aparece como fuertemente comprometida.

Cuando la función materna y el entorno han fracasado en promover la constitución de un sujeto, cuando el encuentro no tuvo lugar entre dos sujetos de los cuales uno debe advenir, el niño se convierte en un lugar de proyección materna y no lo contrario, es él quien refleja a la madre (o su objeto) y no a la inversa. La terapia familiar psicoanalítica propone un encuadre donde pueden elaborarse las fantasías de los padres concernientes al niño, sus identificaciones proyectivas, sus imagos, aquellas fantasías que comprometieron el establecimiento de una auténtica función de *rêverie*, de donde el niño hubiera podido hacer nacer una conciencia de sí mismo. Se trata de dar una representación a estas proyecciones actuadas sobre la generación siguiente; el entrecruzamiento de las fantasías de los padres los hace aparecer como uno frente al niño, impidiendo que la triangulación pueda darse.

Este encuadre tiene sus propias reglas. Además de las reglas externas y contractuales que lo rigen, regularidad, frecuencia, pago de las ausencias, necesidad de la presencia bigeneracional como condición para que la sesión tenga lugar, las reglas internas específicas al desarrollo de la sesión implican la prohibición explícita de actuar de diversas formas: tocarse, impedir que alguien hable, amenazar, agredir verbal o físicamente. Se invita a que cada uno diga lo que quiera, lo que piensa, lo que imagina. Estas reglas deben ser recordadas con regularidad; su transgresión abre la posibilidad de interpretar los funcionamientos de dominio, de intrusión, de descalificación, en su valor defensivo contra las reviviscencias traumáticas. Nos apoyamos también sobre la potencialidad creadora de la prohibición de tocar: transformación del acto en palabra, por un lado, y, por otro, la posibilidad de que se constituya una prohibición interna, promotora de separación-individuación. La última regla específica es aquella de la restitución: si un miembro del grupo estuvo ausente en una sesión debe ser informado de lo que se abordó en ella; esta disposición puede parecer discutible, pero en estos contextos apunta a sostener la idea de que podemos ausentarnos sin estar desaparecidos, o que no se puede hacer desaparecer lo que ha sido dicho, lo que no sería más que un clivaje actuado. Se comprende, entonces, que este modo de aproximación terapéutica no se dirige a la esfera neurótica.

En 1914, Freud escribió: "el niño tendrá una vida mejor que la de sus padres, nunca será sometido a las necesidades que hemos tenido y que dominan la vida. Enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricciones a la propia voluntad no existirán para el niño, las leyes de la naturaleza y las de la sociedad se detendrán frente a él, se encontrará realmente y de nuevo en el centro y el corazón de la creación. *His Majesty the baby*, como lo imaginábamos en otros tiempos. Él cumplirá los sueños de deseo que sus padres no han podido ejecutar, será un gran hombre, un héroe en el lugar de su padre; ella se casará con un príncipe, resarcimiento tardío para la madre. El punto más espinoso del sistema narcisista, esta inmortalidad del yo que la realidad pulveriza, encontró lugar seguro refugiándose en el niño. El amor de los padres, tan encantador, y en el fondo tan infantil, no es más que su propio narcisismo que acaba de renacer

Pero qué ocurre cuando esta metamorfosis en "amor de objeto" no tiene lugar, si como lo dijo Bion: "el predominio de la identificación proyectiva confunde la distinción entre el yo y el objeto externo".

La duración de esta cura, 5 años, parece formar parte de un proceso sin fin. En esta familia en la que la dimensión del cuidado está particularmente investida, los dos niños presentan perturbaciones del desarrollo en diversos grados de gravedad,

uno en un registro de apariencia neurótica, y el otro, en un modo que lleva las huellas de una depresión primaria y de defensas autísticas.

Se trata de una familia ensamblada, como se dice hoy; Robert, el padre, de una edad más próxima a la de un abuelo, y la madre casi una generación más joven; tienen 2 hijos juntos: Bertrand, de 9 años, con importantes dificultades escolares (dislexia y disortografía, solo puede aprender sin comprender, ¡ide memoria!) y otro niño, Béranger, de 5 años, considerado como un "discapacitado", cursa segundo año de un jardín de infantes común, pero acompañado por una maestra integradora.

El padre tiene dos hijos de un matrimonio anterior, uno de 19 años y una de 16, cuya existencia evoca espontáneamente en la primera sesión y de la que nunca más hablará. No viven con ellos. El padre desearía que se sintieran "en casa" y su mujer los considera "invitados permanentes". No hay conflicto en este punto, lo que permite el aspecto paradójal de la proposición que se nos escapa en un primer momento.

Cuando la terapia familiar comienza, ya hay numerosos dispositivos funcionando en la institución en la que los recibimos: fonoaudiología para ambos, psicomotricidad y terapia individual para Béranger. Sabemos, por otro lado, que ambos padres están en análisis, el padre desde hace 20 años y la madre desde hace 10.

Durante nuestro primer encuentro, la escena se presenta así: el padre tiene una especie de sordera intermitente, que nos parece esencialmente defensiva, que le permite "gestionar" cierta distancia entre él y el grupo. Precisa, dirigiéndose a los niños, que es por ellos y su madre que viene a las sesiones, no por él. Su pedido es que progresen y ganen su vida en el futuro, pedido que, por banal que parezca, está perfectamente relacionado con la problemática que le ocupó toda su vida, como vamos a descubrirlo.

La madre es una mujer alta y delgada, muy sonriente, sonrisa que la acompaña al contar todas las dificultades de su vida cotidiana. Simpática, sobre todo en un registro masoquista, no se queja. Es Béranger, el más pequeño, quien en las primeras sesiones ocupa el centro de la escena. Comienza un relato interminable, que sus problemas de lenguaje vuelven prácticamente incomprensible, en una benevolencia general. Pensamos que se trata, en principio, de instaurar entre ellos y nosotros una forma de transicionalidad ("familiarizarnos" con ellos, de alguna manera), pero que se revelará como un espacio paradójal. En efecto, suponemos en principio que Béranger utiliza un lenguaje que sus allegados comprenden, pero que es inaccesible para los extraños; comprendemos rápidamente que se trata de una jerigonza aceptada por todos, que solo toma del discurso su musicalidad. De esta manera Béranger propone una simulación de comunicación, haciendo aparecer paradójalmente su discapacidad como portador de sentido, empezando a figurar lo

que estaría en la base de la problemática de este grupo: "no comprender (escuchar) nada". Simultáneamente, la madre nos comenta el desconcierto que hunde a la familia en la incertidumbre sobre el futuro, exponiendo los hechos que podrían conducirlos rápidamente "a la ruina" según sus términos, "a la calle" precisa el padre, saliendo de su sordera intermitente. Podrían perder en poco tiempo todo su patrimonio, perder la casa, como consecuencia de un juicio iniciado por el padre contra su asociada que preparaba de manera solapada su expulsión de su propia sociedad. Dada su pericia profesional, la madre ayuda a su marido a luchar y pasa noches enteras revisando papeles, y permitiéndole a él dormir. Nos dice, sonriendo, que él le transmite su angustia y ella tiene insomnio. Su marido se pone en sus manos porque ella es competente, es todo; había utilizado con anterioridad los mismos términos al hablar de su asociada indelicada. Nos parece que no se trata aquí de compartir afectos sino de una descarga, de una expulsión en el otro de lo que resulta intolerable en uno. No hay conflicto entre ellos. Toda conflictiva se encuentra evacuada.

En ese mismo momento, Bertrand dibuja una enorme ola bajo un cielo completamente negro. Relacionamos esta amenaza con lo que él escucha y comprende como un tsunami familiar que podría llevárselo todo, a ellos, a la casa, a todos sus bienes. La indiferenciación generacional aparece con el temor al derrumbe de ambos padres: sus hijos están directamente librados a sus angustias y a sus representaciones terroríficas de desmantelamiento de contenidos, con formulaciones del estilo "quedarse en la calle" para el padre o "en la ruina" para la madre, cuyas connotaciones son, al mismo tiempo, próximas y ambiguas.

Los sentimos, desde las primeras sesiones, con expectativas hacia nosotros y, también, en una desesperanza sin nombre. La mujer evoca de manera asociativa el momento en que se conocieron, en una época en que su marido estaba solo, desempleado, al final de las ayudas que da el gobierno, en la calle, de alguna manera; este aspecto de agonía psíquica constituía uno de los fundamentos inconscientes de la pareja, tal como les mostraremos más tarde cuando podamos ligarlos a sus vivencias traumáticas.

Durante toda esta sesión, ambos niños están aferrados a su madre, mientras ella les permite tirar de su ropa, meter la cabeza entre sus muslos, poner las manos en su rostro y en sus ojos. Nos muestran, con sus comportamientos, aquello que no se debe ver, ni escuchar, ni pensar... sino huir bajo la excitación; cosa que verbalizaremos, relacionando lo que ocurre allí y la aparente ausencia psíquica del padre, lo que ocurre entre madre e hijo cuando no hay padre, o función paterna. Veremos cómo esta escena se reproduce en repetidas oportunidades, quedando el

padre retirado, sordo y mudo, la madre, que no lo solicita pero lo gratifica con su sonrisa hablando de su funcionamiento maternal con 3 niños en la casa. En lo incestuoso de sus intercambios, el padre reacciona solamente cuando el ruido se vuelve insoportable. Explota en enojos espectaculares que sus hijos temen y provocan a la vez. Él se trata desde hace 20 años por esto, precisa, y está en análisis desde prácticamente siempre, porque su padre ya lo había llevado a ver a un analista durante toda su adolescencia. Evoca el silencio completo e imperturbable de este analista. Esta experiencia habría sido positiva para él, ya que le habría mostrado que solo podía contar consigo mismo! Ponemos aquí de relieve el aspecto paradójico de la experiencia: así, lo negativo traería aparejado lo positivo, o lo que no aporta nada, beneficia... La madre asocia sobre el personaje tutelar del abuelo paterno, diciendo, desafectada, que siempre desvalorizó a su propio hijo. Este hombre, ya anciano, hizo una carrera brillante; de sus 4 hijos, solo invistió a Bertrand, que lleva su nombre, nombre y apellido entonces, como un doble... Nos interrogamos sobre esta primera experiencia analítica del padre, su vínculo a un analista mudo, al rechazo paterno, sobre su propia posición paterna muda, su imposibilidad de liberarse de ese vínculo en su actual análisis, y lo que vuelve a jugarse con nosotros.

La primera perspectiva de separación larga debido a las vacaciones de verano surge a los pocos meses de comenzada la terapia. Y hace emerger angustias en la transferencia: por primera vez Bertrand no quiere venir a la sesión, cruzó la calle solo y sin mirar. El padre, que llegó inhabitualmente tarde, recuerda que "viene por mamá y por los niños y no por él" dirigiéndose directamente a sus hijos. Expresa aquí, de manera bastante radical, una denegación, denegación de presencia, un "no estoy aquí, por lo tanto, no puedo sufrir por la separación". Pero nos dice, al mismo tiempo, que no tiene intenciones de partir, que quiere quedarse todo el verano trabajando, argumentando las graves dificultades que atraviesa su empresa. La madre, por su parte, no logra encontrar un lugar para irse de vacaciones con sus hijos; Bertrand propone, riendo, ir a Japón, como si subrayase el todo o nada que se juega en la separación. La vivencia de derrumbe se expresa corporalmente: los dos niños están tumbados en el diván. Ninguno de ellos logra jugar o dibujar, como suelen hacerlo. La discontinuidad se inscribe formalmente como ruptura, en un modo espacial, atemporal.

En el mismo hilo asociativo, la madre evoca el deseo de Bertrand de ir, el año próximo, solo a la escuela, pero no puede decidirse. La autonomía resulta persecutoria. Imagina lo peor, y, sobre todo, que le roben a su hijo. El padre, que se despierta en ese momento, teme a los sátiros y los pedófilos. Recomienda a su hijo no aceptar caramelos en la calle, a causa de... ilas caries! Le mostramos la

ambigüedad en la que pone a Bertrand, escondiendo sus pensamientos, tal como los seductores esconden las propias. Asocio con Caperucita roja y el lobo, y Bertrand exclama riendo que la abuela de Caperucita roja es el lobo. En el momento en que los abandonamos somos, en la transferencia, una pareja lobo-abuela combinados.

Entonces pienso, para mis adentros, en los hijos del primer matrimonio del padre, que no están aquí y que no fueron re-evocados, como si se los hubiera dejado de lado. Pienso también en la manera en la que el padre se presenta a sí mismo, en parte clivado del grupo. Solo más tarde, en el curso de la cura, podremos hacer los enlaces y la interpretación del movimiento del conjunto de esta sesión, que releva, de manera fundamental, la forma en la que se constituyeron las fantasías comunes en este grupo familiar.

Cuando retomamos, y como la primera vez, Béranger empieza a hablar y se lanza en un relato que lo hace ocupar nuevamente toda la escena. Estamos bastante estupefactos por un cambio espectacular; su lenguaje se volvió claro y perfectamente comprensible, organizado. Así, la discapacidad que se suponía que lo caracterizaba, que no había cambiado a pesar de la fonoaudiología y la terapia individual, desaparece. Sin embargo, ninguno de los dos padres parece prestar atención a esta transformación radical. Vivenciamos un sentimiento de consternación y extrañeza, que podemos comprender como el estado psíquico en el que estos padres sumergen a sus hijos, con los que nos identificamos. Bertrand nos trae, en ese momento, auténticamente desconcertado, un animal de la caja, cuya oreja está rota, y nos pregunta si se podría pegar. ¿Podremos volver a darle una oreja a este padre sordo, nosotros, que parecemos escuchar? La madre señala entonces que Bertrand ahora dibuja paisajes con sol y palmeras, y ya no enormes olas con nubes negras; lo dijo el coordinador, precisa, como si ella no pudiera ver nada, pero puede al menos apoyarse en un tercero, rol que su marido no puede sostener. Agrega que Bertrand comenzó un psicodrama de grupo. Actuó de Caperucita roja, pero no le dijo más. Sugerimos que Bertrand está comenzando a constituir un espacio psíquico propio.

La familia parece haber encontrado con nosotros un envoltorio grupal, un continente para pensar y para hacer advenir los pensamientos, que permite a los niños esbozar sus individualidades. De a poco, en las sesiones siguientes, la cámara se desplaza de Béranger, el niño discapacitado, a la "discapacidad" de Bertrand, su disortografía, sus dificultades escolares, el vínculo de dominio mutuo madre-hijo en relación al trabajo escolar. La madre presenta a su hijo como un verdadero discapacitado, incapaz de organizarse solo; olvida todo, pierde sus cosas, se resiste a hacer los deberes, es muy lento. Solo le va bien en las materias en las que hay que aprender de memoria, lo que le permite mantenerse en la media de la clase. Está

convencida de que Bertrand es incapaz de trabajar sin ella, y cada noche se reproduce la misma terrible escena con los deberes. El padre escucha plácidamente, no se siente para nada implicado, y cuando lo interpelamos, se declara incompetente: los deberes son asunto de Bertrand y su madre, él asiste a sus conflictos como espectador... y (pensamos), a toda la excitación engendrada. Él mismo tuvo una escolaridad muy mala, que lo hizo sufrir mucho, y deplora abiertamente que se necesiten diplomas para tener éxito. Le mostramos que Bertrand encontró la manera de tener a su madre solo para él todas las noches, ante la mirada complaciente de su padre y, por ende, su aprobación, y ponemos en relieve la intensa erotización de este asunto entre madre e hijo que empuja a su esposa a dejar a su marido fuera de ese debate. Vemos cómo todos los protagonistas son actores y cómplices en esta escena, y que una interpretación puramente edípica centrada solamente sobre el hijo no estaría representando los entretejidos del grupo; ellos son inaccesibles en terapia individual. En efecto, ¿quién es el padre en la escena? Incapaz de ocupar una posición paterna, podemos pensar que se identifica proyectivamente con el hijo. La madre también encuentra su beneficio: este movimiento perpetúa una situación inicial en la que Bertrand fue, desde el comienzo, un bebé muy acaparador y exigente, mientras que Béranger, también desde el comienzo, no la solicitaba, se dejaba olvidar. Desde hace un tiempo, le pide a veces volver a su panza. La madre piensa que no tuvo suficiente y que ahora está tratando de recuperar. ¿Qué clivaje se organizaría en el grupo pasando por las posiciones respectivas de los hijos, uno que representa el polo maníaco, y el otro, los aspectos depresivos?

Poco después de aclarar ese movimiento grupal interno, un pasaje al acto inesperado va a darnos acceso a lo que se presenta como amenaza de repetición transgeneracional. Bertrand tiene nuevas actividades extraescolares que valora mucho, sus padres organizaron una ayuda escolar externa que se muestra eficaz y mucho menos excitante. Por su lado, Béranger ha mejorado tanto escolarmente, que se vuelve posible imaginar su ingreso a primer grado. En ese momento el padre nos comunica su decisión de enviar a Bertrand pupilo y a Béranger a hospital de día para el año entrante. El padre habría, de hecho, "arrinconado" a su hijo mayor una noche en la que le hizo practicar operaciones matemáticas, y resolvió así la cólera que le despertó su fracaso. La operación se termina entonces con el desalojo de terceros. Nuestro asombro contratransferencial parece unirse al desconcierto mudo de Bertrand y encontrar la indiferencia sorda y compartida de la pareja. A nivel transferencial nos parece que se trata de un ataque perpetrado contra la terapia, y contra los terapeutas que son vividos como separadores-divisores, de los que tratan de sustraerse.

Remontando el hilo de ese cortocircuito, accederemos a la historia traumática de cada uno de los padres. Ambos pasaron largos años pupilos, a partir de sexto grado precisamente; su padre, en particular, vivió este período de su vida como si hubiera sido apartado de su familia. El padre, aconsejado por un psicólogo, lo puso en un colegio pupilo a causa de sus dificultades escolares. Allí, nos dice, se derrumbó; repitió todos los años, se volvió violento e irascible, y nunca logró terminar su bachillerato. No se le podía acercar, ni tocar, ¡explotaba! Dice que todavía hoy intenta curar esa rabia (en una terapia que dura 20 años), pero pensamos sobre todo en el derrumbe, y a esa rabia que lo "mantiene" alejado. Luego de esta evocación, se vuelve a ausentar hacia el final de la sesión (¡se aparta él mismo!), vuelve a su sordera... En cuanto a la madre, fue en el contexto de la separación de sus padres, y por la grave enfermedad maníaco-depresiva que sufría su madre que le impedía ocuparse de sus hijos, que fue enviada pupila a una institución prestigiosa, elitista y glacial, en sexto grado. Recuerda la soledad y el frío, ¡sobre todo el frío! La evocación de este largo período hace desaparecer, por primera vez, la eterna sonrisa de su rostro. Sabremos, un tiempo más tarde, que fue dejada en la DDASS (Servicio Social de la Infancia) precozmente, entre un año y 18 meses, y que fue "recuperada a último momento" por su padre, antes de que se concretase un proceso de adopción que había sido puesto en marcha.

Esta sesión permitirá la elaboración de la depresión y su interpretación (en la transferencia): el proyecto de poner a los hijos pupilos, como repetición transgeneracional anunciada, hace emerger la fantasía común de la pareja y su paradoja, tal como la enuncian en esta sesión: "si no nos ocupamos de los niños, van a derrumbarse". La actuación de la separación destructora se sitúa en un movimiento de identificación proyectiva en el que son, al mismo tiempo, sus propios padres que los envían pupilos, y sus hijos enviados pupilos, incluso nosotros mismos fuimos puestos en la posición de actuar y de sufrir las separaciones. El temor compartido por los padres de la catástrofe que vendrá: el naufragio escolar de los niños o la ruina que amenaza con ponerlos en la calle es la proyección de una catástrofe que ya tuvo lugar, como dice Winnicott, sin haber podido encontrar un lugar psíquico.

Es sacrificando su integridad y su autonomía, por su discapacidad y la represión de sus capacidades de crecimiento que los hijos protegen a sus padres, en una inversión generacional ignorada por todos. Este sacrificio es inducido por el padre y sostenido por la madre, basado en una orden que prescribe fracaso e impotencia.

Vimos cómo Béranger había atacado las palabras, oralmente, desfigurándolas y vaciándolas de sentido. Bertrand las ataca en la escritura bajo la forma de una pesada disortografía. Nos enteramos, en ese momento, que el abuelo paterno tenía una

grave disortografía, pero hizo, sin embargo, una brillante carrera; se apoyaba en sus secretarías para la redacción de sus artículos que publicaba en el dominio científico, y se expresaba en tres lenguas. Es este hombre, descrito como expulsivo y que desvalorizaba a su hijo, que lo envió primero pupilo y luego a Estados Unidos cuando fracasó su bachillerato. Allí aprendió que se podía tener éxito sin diplomas. Al volver a Francia, después de dejarse "explotar durante 20 años", creó su propia empresa, para asociarse luego con una mujer "competente", que resultó perversa, comprometiendo así su tardío éxito. Pasó toda su adolescencia en terapia con un analista completamente silencioso, pero considera que le hizo bien. De adulto, recomenzó un análisis que dura desde hace 20 años. Nos planteamos la cuestión de la modalidad adictiva del vínculo con lo negativo y con la destructividad, en una relación terapéutica negativa que reactualiza el modo de relación de objeto, pero también la del masoquismo perverso triunfante en el deseo de volver al analista impotente, en una transferencia paradójica que confunde, en uno solo, la venganza contra un padre todopoderoso y una madre impotente y silenciosa ante el desamparo. El padre lo proclama: si Béranger pasase a una escuela normal, repetiría después todas las clases. ¡Como él, entonces! ¡No puede convertirse en otro! Béranger aparece asignado, al igual que Bertrand, en menor medida, a representar la parte dañada del padre, por la que este se identificó con su propio padre. Todo sucede como si la discapacidad fuera la encarnación del vínculo de filiación e identidad. Béranger es sacrificado, dedicado por completo a encarnar la discapacidad que une al padre con el abuelo, sacrificado en el altar de este vínculo, y representante de este vínculo. Aquí no tiene lugar la identificación postedípica del padre al padre, identificación positiva que permitiría la introducción de las cualidades paternas y la renuncia al objeto incestuoso. El odio del padre por su padre como contrainvestidura de la idealización expresa la no renuncia al objeto incestuoso homosexual bajo la forma de una identificación en negativo, de un autosacrificio, o sacrificio de la integridad propia. Una automutilación aparece en el lugar de la castración simbólica. Lo que se transmite de una generación a la siguiente es la discapacidad, una especie de fetiche negativo: así, el padre se apropia de la falla del abuelo, la disortografía como signo de su fracaso, y de ninguna de sus cualidades, aquellas cualidades que lo convirtieron en un hombre brillante, un científico reconocido, "escuchado", y políglota.

En este sentido, en una sesión en la que está particularmente presente y vindicativo con nosotros, el padre afirma que la disortografía es una enfermedad; la prueba es que las sesiones son reembolsadas por la seguridad social, una enfermedad que no se corrige, agrega, además, asignándole a dicha enfermedad, un término que

se utiliza habitualmente para la ortografía (o para un defecto, ¡un vicio!). Bertrand clama entonces: "En la familia, somos tontos de padre a hijo, pasa de generación en generación" y confecciona un sombrero de burro de papel que le pone a su padre en la cabeza. Este lo guarda, y en una especie de desafío, nos dice que no le molesta ser tonto. La madre presencia todo esto, como si no la tocara, y nos pregunta sonriendo si es genético. En efecto, el juego de Bertrand toma el valor de una verdadera interpretación: muestra lo que recibe del mensaje paterno, del doble mensaje: sé tonto para permanecer en la línea de tu padre y de tu abuelo, siendo nulo en ortografía, ve a fonoaudiología y psicoterapia para curar tu enfermedad incorregible.

El terapeuta es médico, como lo era su padre, y ahora va a centrarse en nuestras diferencias, un psiquiatra, el otro psicólogo, uno reembolsado por la seguridad social, el otro no... El padre nos pregunta por qué nosotros los terapeutas no nos rebelamos, ¿tenemos miedo? Así pone a prueba su transferencia sobre la pareja que representamos. También tiene una teoría propia sobre la diferencia de los sexos. Según él, las mujeres son superiores a los hombres, son mucho más inteligentes que ellos. Las mujeres tendrían entonces algo que los hombres no tienen... ¿No tendrá únicamente su bonete de burro por pene?

En lugar de la transmisión sin duda esperada, puesto que los dos hijos llevan respectivamente los nombres de los dos abuelos, paterno y materno, se sustituirá un engranaje, de los cuales se podría encontrar una figura en la disposición de los nombres. Habrán notado la redundancia de las sílabas: Robert, Bertrand, Béranger son nombres ficticios, pero conservan la configuración silábica de los nombres reales. Durante mucho tiempo tuvimos que tener especial cuidado para no confundirlos. Hemos percibido una metáfora de la intrusión psíquica y del engranaje generacional. Nuestro título para este artículo fue: "de una generación la otra",... que colocaba la transmisión en una forma de deslizamiento sin transformación de materiales psíquicos no simbolizados, enmascarados por la denegación, y por lo tanto no reapropiables. La secretaria percibió el error y se apresuró a añadir el "a" salvador, que restituyó al proceso la articulación que le faltaba, pero que sin embargo no está. Porque aquí se sustituye al proceso intergeneracional, la pura repetición transgeneracional, de la que más tarde descubriremos, en el transcurso de este trabajo, de lo anudado a lo largo de cuatro generaciones.

Un nuevo movimiento se inicia a partir de la muerte del abuelo y abre otro eje de trabajo. El abuelo paterno muere, de manera bastante brutal, poco antes de las vacaciones de pascuas. Por esto el padre no pudo venir a la sesión, lo que significa que no puede hablar de esto.

Es la madre la que hablará al respecto, para decirnos precisamente que su marido no se lo ha dicho a sus hijos. Esta acción antipensamiento llevó inmediatamente al retorno de un síntoma en Béranger, un síntoma significativo sobre la pérdida y el control: encopresis. Síntoma que al igual que el resto estaba en vías de mejora.

Nos habla, como nunca hasta ahora, de la familia del padre, como si con su presencia, el padre bloqueara toda posibilidad de evocación y todo vínculo entre lo actual de su posición paterna y su infancia. Él sabe que ella le hace de portavoz.

Hay varios elementos importantes. La mala calidad general de los vínculos entre cada uno de los miembros de la familia, del padre con su hermana, en particular, ya que el abuelo solo tuvo un vínculo positivo con Bertrand, que lleva su nombre... La imagen que estamos construyendo es la de un hombre que proyectó sus partes malas, inaceptables, hirientes, representadas por el fracaso escolar de su hijo, mientras que él había contrainvestido considerablemente sus dificultades de lenguaje, aprendiendo varios idiomas y teniendo éxito en su carrera. El padre nos había dicho, en otra oportunidad, que su padre se había salvado gracias a la computadora, la corrección automática, cosa que, *après-coup*, no parece sostenerse cronológicamente. Es algo efectivamente suyo. ¿Cómo interpretar este error? Nos parece sintomático de una confusión identitaria que muestra una gran dificultad a situarse, en la filiación y en la sucesión de las generaciones. Una incorporación más que una identificación.

En esta sesión, confrontado, además del duelo, al mutismo y a la ausencia del padre, Bertrand figura la encopresis de su hermano pegando masa al culo de una vaca del material, comentando "el asqueroso" por si no entendíamos que se trataba de su hermano. Cuando intervenimos conectando en el registro de la separación la pérdida de las heces y la pérdida del abuelo, los dos hijos van a cobijarse sobre su madre, siempre sonriente y acogedora, actuando en este *collage* la violencia de la separación.

En la sesión siguiente, cuatro semanas más tarde, después de las vacaciones escolares, el padre está presente. Lamentablemente, este elemento de realidad ha reforzado los mecanismos de defensa antidepresivos destinados a anular todo impacto emocional de la muerte del abuelo, del que no se hablará. Nosotros mismos, atrapados en el funcionamiento grupal, omitimos la regla de la restitución. Sin embargo, no por casualidad se mencionarán los hijos del primer matrimonio del padre, hijos que solo habían sido mencionados al principio.

La madre repite lo que dice Béranger sobre la ira: no soporta la ira de su padre, que acaba de gritarle a su hija mientras hablaban por teléfono.

La manera en que el padre describe los vínculos reales actuales y las dificultades que viven los dos primeros hijos es muy diferente de la imagen idealizada del principio, en la que afirmaba que quería que se sintieran como en casa, en su casa.

Nos enteramos de que la niña tuvo una grave enfermedad autoinmune a los 15 años, que la inmovilizó durante un año en una silla de ruedas, y notamos que fue en el momento del nacimiento de Béranger. Como consecuencia de ello, su escolaridad se vio muy perturbada y el padre ya no tiene esperanzas de que curse estudios superiores.

Nos enteraremos mucho más tarde, nuevamente a través de la madre, y coincidiendo con una ausencia del padre, de que esta chica sufrió los asaltos sexuales de su abuelo materno durante varios años. Recordemos el mensaje paradójico cuando el padre denegaba el peligro de los adultos que ofrecían caramelos a los niños, lo que nos convertía, al mismo tiempo, en pedófilos en la transferencia. Así lo confirma la historia de su hija, de la que no pudo decirnos nada.

Por otro lado, nos dice que "sospecha" que su hijo mayor es esquizofrénico. Acaba de negarse a pagar por sexta vez la matrícula del primer año de universidad, todos intentos fallidos. Creen que fue él quien rompió la puerta de su casa en su ausencia, durante el embarazo de la madre... Señalamos que, para entonces, las puertas cerradas debían ser como separaciones insoportables, violentas, que significaban desgarre, desaparición, descalificación.

A su hija, que transmitía los saludos de su hermano, diciendo que vendría a visitarlos cuando tuviera trabajo, el padre respondió: "Dentro de 20 años quizás"... ¿No se trata aquí del mismo mandato, de lo que habría vivido de su propio padre, que lo trataba de vago y lo hacía sentir culpable? "Pero en este caso sería esquizofrénico", dice, "enfermo". ¿No sería la repetición del mismo mandato que da a Béranger de repetir todos los años en la escuela?

En todo caso, nos asombra la magnitud de la problemática patológica que afecta a todos los niños, lo que confirma la pertinencia de la indicación de terapia familiar! Hemos notado y les subrayamos que la evolución de los hijos del padre confirma la fantasía común de los dos padres: cuando se los soltó, se derrumbaron.

El padre ha tomado conciencia dolorosamente en esta sesión de las importantes dificultades en que se encuentran todos sus hijos. Nos agradece al final de la sesión expresando una emoción inhabitual en él.

Pero aun así, a posteriori, esta sesión confirma la denegación de la muerte del abuelo, denegación en la que hemos estado atrapados parcialmente. En cambio, el padre pudo hablar de sus hijos mayores, lo que muestra que para él sus hijos deben

representar el negativo de la relación con su padre, ¿negativo que conserva así, repitiendo con ellos lo que él sufrió?

Otro ejemplo dentro de una sesión de este período, relativo a las normas. La madre nos cuenta que el padre modificó un castigo que ella le había puesto a Bertrand, sin consultarla, lo que la lleva a ser ella también castigada. Se diferencia por primera vez de su marido, introduciendo un posible conflicto y restableciendo así las diferencias: el castigo a Bertrand no debe ser un castigo del grupo que la incluya. Restablece la diferencia de generaciones, que tendía a abolirse por la decisión de su marido. Para él, por otra parte, metido en la lógica del caldero, Bertrand no había faltado a las reglas, lo que motivó el castigo...

Nuestra intervención tendiente a hacerle evocar la forma en que esto sucedía en su propia infancia provoca un recuerdo: según él ninguna ley habría existido: podía incendiar todo. "Usted era un niño rey", le dice Françoise. "Emperador", él replica. Podemos completar diciendo que detrás del emperador hay un niño abandonado, a lo que adhiere inmediatamente. Las dos representaciones coexisten sin conocerse. Puede estar arruinado y ser patético, o maravilloso cuando deniega que Bertrand tiene que estar sometido a reglas.

Pero él no podía establecer los vínculos, para nosotros obvios, entre su actual posición paterna y su anterior posición filial. Quizás hubiera sido más oportuno que asociáramos sobre la rebeldía, que nos había prescrito algunas sesiones antes, nuevamente en un movimiento de identificación proyectiva, cuando nos atacaba en nuestras diferencias, psicólogo/médico. Pero esta idea apareció durante el trabajo de reflexión realizado después. Esta intervención habría tenido la ventaja de situarse mucho más cerca de su funcionamiento actuado, y de señalar la proyección de su rebeldía hacia el otro, su hijo, o hacia nosotros. En este tipo de funcionamiento familiar, cada uno de los miembros del grupo es el soporte de una proyección de partes mal o no integradas de unos y otros.

Los elementos depresivos inicialmente denegados comienzan a ser elaborados: la disminución de la intensidad de la proyección en la transferencia permite la reducción de los clivajes. La proyección de la fragilidad bajo la forma de discapacidad tiene por función deshacerse de la insoportable herida narcisista que él habría representado para su padre. Las rabietas de la infancia, la furia, no son testimonio tanto de una vivencia de castración, simbolizable, sino de una vivencia de aniquilación psíquica frente a la cual los mecanismos de defensa solo pueden ser radicales.

Nuestros segundos reencuentros después de las vacaciones de verano demuestran que la transferencia revela y modifica el funcionamiento del grupo.

Para empezar, Béranger explica con claridad los motivos de la ausencia prevista de su hermano, que está en el colegio, y cuenta las vacaciones de la familia. Establece vínculos con placer.

Partieron todos juntos, aliviados por haber tenido un éxito rotundo en el juicio. Mientras que la madre y Bertrand, que había pedido que lo informaran, expresan su alivio; el padre es más prudente: no se asocia a la alegría del grupo y afirma, como un mal augurio, que todo está lejos de haber terminado.

Refiriéndose a las persistentes dificultades de Bertrand para organizarse, la madre nos dice que solicitó al padre para que intercediera pero que este no quiso hacerlo. Lo justifica, considerando que Bertrand sabe lo que tiene que hacer y que no tiene que dar a su hijo indicaciones sobre la calidad de su trabajo. Esto lo relacionamos con la ya mencionada omnipotencia de Bertrand en cuanto al conocimiento... Y el padre, de desarrollar una teoría de la educación y la repetición: los hijos de los trabajadores no estudian, los hijos de los burgueses sí. Le hablamos de identificación, para explicarle, y lo acepta. Así que podemos argumentar que si su hijo mayor no va a la universidad, ¿es para hacerlo mismo que su padre? Y allí la madre nos va a hablar de su hijastro, el supuesto esquizofrénico, de una manera muy diferente a la que lo había hecho antes. Sus visitas no son agradables para ella, pero sí para él: ella se queda sentada, pero le gustaría retirarse, de tanto que la angustia lo que su marido le dice a su hijo, y se asombra de que este muchacho de 21 años acepte palabras tan hirientes sin rebelarse. Este hijo, que tuvo una brillante escolaridad hasta el bachillerato, ve sus proyectos profesionales demolidos por su padre en nombre de una lógica contable: toma al terapeuta como testigo: "Si este proyecto no es equilibrado, no va a sostenerse", mientras agrega que su hijo es un vagabundo... Otra vez la ruina, la calle...

La terapeuta interviene sobre la decepción contenida en estas palabras, buscando el afecto subyacente. No lo niega. Pero percibimos sobre todo la ira en su tono, la rabia que bloquea el acceso a la decepción. El terapeuta puede decírselos.

Entonces, para el padre fue, definitivamente, una buena sesión de retorno, la madre interviene para decir que, para ella, él no está utilizando el método correcto con su hijo. Se diferencia nuevamente, en identificación con su hijastro.

Este hijo permanecería inactivo, viviendo en un ambiente, a nuestro entender sacrificando su crecimiento y su autonomía, y manteniendo con su padre, y como él, un vínculo negativo. Nos adelantamos diciendo que actuaría así para mantener un vínculo de dependencia con su padre, sobre todo porque, en cada una de sus visitas, le da dinero.

La madre prosigue y describe positivamente la disponibilidad que su hijastro tiene para sus hermanos. Imagina que pudo haber estado celoso, pero que nunca lo mostró, aportando así elementos más neuróticos. Subrayamos entonces que sus hijos tienen un padre. El padre reacciona: "Cuando uno tiene hijos, los tiene, es todo, divorciado o no, es lo mismo". No hay diferencia: estar o no ahí no tiene importancia, y en el fondo, de nuevo, que su padre haya estado allí o no, no debe tener ningún efecto emocional. Este es el mensaje inconsciente transmitido a sus hijos, que el marco de la transferencia nos ha permitido explicitar poco a poco.

Recién en el transcurso de nuestro cuarto año de trabajo el padre pudo llevar a cabo la representación del trabajo de lo negativo que estaba activo en la transmisión familiar, de la que sus cuatro hijos son hoy, a través suyo, objetos de la violencia de una deuda actuada. Ha logrado restaurar con nosotros los hilos que podrían dar cuenta de su propia agresividad destructiva llevada a la generación de sus hijos, de la violencia descalificadora que durante mucho tiempo les infligió, mientras que ahora les demuestra una verdadera ternura. Su implicación en esta terapia a largo plazo lo atestigua en el fondo, y esta se expresa ahora en un apoyo firme y en palabras que ya no escatima para expresarles su confianza en ellos y en su futuro, así como puede expresarnos su estima a nosotros también.

Se instaura un juego entre el padre y su hijo menor, alrededor de la fecha de ese día, que resulta ser también la fecha de su cumpleaños... El intercambio es lúdico, agradable, y la tolerancia del padre a las dificultades del hijo es de buen pronóstico.

Luego de haberle recordado su ausencia a la última sesión, aborda sin reservas un tema que hasta hace poco lo enfurecía, tratándose de la transmisión de la herencia de su padre, razón por la que se había ausentado. La madre nos había explicado entonces, aprovechando su ausencia, que el abuelo paterno no había elegido a sus propios hijos como herederos de sus bienes. El padre habla de gánsteres para señalar a los ladrones de herencia, y luego, de la tutela, a la que piensa que debería haber recurrido hace años para su padre. Françoise le dice que hay en este procedimiento como una inversión de generaciones que puede dar la sensación de cometer una transgresión y así retener la acción. Él se muestra sensible a este argumento.

Más tarde, después de haberle hecho notar la habitual repetición sobre varias generaciones de estos fenómenos, el padre remonta el hilo hasta el padre de su padre, hombre que quiso terminar con la historia y la identidad judía, quizás incluso cambiando su nombre. Decidió que sus hijos no serían judíos, para que la desgracia y la persecución se detuvieran, lo que su hijo –el padre de nuestro paciente– nunca habría aceptado, aunque, como su padre, se hubiera casado con una no judía, que hacía que sus hijos no fueran judíos, según la tradición. Ahora, su abuelo paterno

reivindica su judaísmo y ha elegido como herederos a una pareja de judíos que sustituyen a sus propios hijos, al mismo tiempo que afirma que los lazos sanguíneos no importan.

Françoise subraya entonces cómo el hilo de la transmisión se opera paradójicamente librándose de la deuda, como si se pudiera transmitir denegando la filiación e inventando otra: es lo que se repite a lo largo de tres generaciones desde el bisabuelo.

Por primera vez, el padre menciona juntos a sus cuatro hijos como herederos del mismo problema. Lo interpretaremos así: es como si cada hijo representara para su padre, en cada generación, un asesino.

Es el destino que le reservaba su padre a Edipo que se aplicaba en esta familia y que hubiera continuado repitiéndose, si no hubiese sido por el trabajo de perlaboración grupal que permitió que la fantasía adviniese en lugar del acto ciego.

Nos pareció que la violencia del padre repetía la violencia sufrida, sobre todo en la relación con su padre, pero los afectos de rabia bloqueaban toda elaboración del duelo y de la posición depresiva.

Corolario de esta problemática que se refiere a la construcción del origen, que condiciona la sucesión de las generaciones: el tiempo. Recordemos que el padre está en terapias interminables. Este tiempo infinito, que ha sido un gran obstáculo para la cura del hombre de los lobos, que Freud solo pudo resolver fijando un término, plantea evidentemente muchas preguntas. Sería testigo de la persistencia de una memoria infantil, actual, anhistórica, y es una verdadera resistencia al proceso de la cura individual.

El padre afirmaba lo importante que la terapia en general y la terapia familiar en particular eran para él. Por principio, no veía razón alguna para terminarla. Se recuerda que lleva mucho tiempo en terapia él mismo, y dentro de la familia, en este momento, cada uno está en tratamiento. Solo la madre terminó hace unos meses. Bertrand asiste a su sesión semanal, desde hace dos años. Béranger continúa en el CMPP (Centro Médico Psicopedagógico) desde hace varios años. El padre necesita tener siempre una conexión con un analista.

Este estilo de caso no es tan sorprendente en terapia de familia, y ha sido una de las constataciones clínicas que, en nuestra institución, llevaron a su desarrollo: familias en la que cada uno de los miembros se encuentra en tratamiento individual pero donde nada ocurre, por no tratar la dimensión patológica del vínculo, con sus componentes proyectivos, en un encuadre adaptado. Las transacciones psicóticas o perversas pueden escapar al encuadre individual clásico. En cuanto a las consultas, estas no parecen tener el carácter movilizador de la transgeneracionalidad con la

instalación de terapeutas en tercera generación, en la de los abuelos, y la ancestral, susceptible de movilizar lo infantil de los padres en el encuadre.

A propósito de la vuelta al tratamiento, luego de las vacaciones de verano, nos hemos hecho la pregunta sobre continuar o no con la terapia familiar. El padre, como experto, nos respondió, inmediatamente, que eso dependía de nosotros – ¿queríamos echarlos? – y afirmó su atadura afectiva: “Estamos bien, gracias a la terapia familiar, que debemos continuar”. ¿Hasta cuándo o hasta que qué? Hasta la adolescencia de Béranger, nos dice, o sea fácilmente cinco o seis años más... Atemporal cuando nos tienes... la madre no decía nada. Bertrand hizo saber que para él era suficiente, que ya tenía su propia terapia.

Luego no se habló más del tema, hasta que Béranger llega a una sesión pidiendo que lo dejaran ir a fútbol todas las semanas, entrenamiento que se lleva a cabo a la misma hora de la sesión, y a la que faltaba una vez de cada dos. El padre no puede escuchar lo que le dice, y va a apoyarse sobre la dificultad de Béranger a asumir una posición adulta y firme, para descalificar así su pedido. Béranger, en efecto, y no es para nada sorprendente cuando uno lo conoce, adopta un comportamiento regresivo, se tira al suelo, se hace el bebé, lo que aún necesita para expresar algo que está en contra del deseo del padre, que son las ganas de dejarnos. El padre argumenta este comportamiento para rechazar y denegar todo valor a este deseo de Béranger. Aunque la madre insiste sobre la importancia que tiene el fútbol para su hijo, no toma partido. Es su posición habitual, quiere conciliar a todos y con todo, no tiene opinión propia.

La sesión siguiente, a la que solo asisten la madre y Béranger, nos permite volver a tratar el tema, y de preguntarle lo que piensa. Le cuesta mucho tener una posición personal, cosa que reconoce, y le cuesta mucho menos evocar lo que piensa el marido. Es consciente de la eternidad en la que se instala en la terapia familiar, pero también nota todo lo que ha evolucionado, cuánto más distendido está, y cómo su casa de campo se volvió tan importante para él. Ella puede cumplir un deseo de su juventud, de volverse agricultora, para lo que había estudiado.

Todos están presentes en la sesión siguiente. Bertrand trajo una pelota inflable, algo que está prohibido, pero que es tal vez una manera de recordarle a su hermano el entrenamiento de fútbol al que no puede asistir. El padre interviene para poner orden y hace desaparecer la pelota que estaba creando rivalidad, mostrándonos qué lugar activo está ocupando actualmente.

Preguntamos si la última sesión fue efectivamente transmitida a los ausentes, tal como es la regla. Luego de que los niños transmitieran su deseo de interrumpir, la madre toma posición, personalmente, para dejar. El padre se queja, volviendo a

hablar de su gusto por las terapias, y recuerda que nosotros trajimos este tema, lo que suena como un reproche de no haberlo apoyado para fortalecer su necesidad de identidad grupal aglutinada.

Podemos justamente intervenir sobre los diferentes valores, para cada uno de los miembros de la familia, que toman las angustias catastróficas que impiden la individuación. La madre con sus experiencias de abandono, el padre con su infancia destrozada por sus padres, son sus palabras, son experiencias que sus hijos solo vivieron a través de las angustias de sus padres, a través de sus mensajes cargados de fantasías de catástrofe.

En ese momento, la madre evoca la reunión familiar que tuvieron en la nueva casa de campo el último fin de semana, reunión familiar a la que todos asistieron, quiere decir, sobre todo los dos hijos del padre, y el hijo de su hija, del que tan poco se habló.

Convenimos entonces, después de que el padre hubiese aceptado la decisión democrática, como dijo, lo que es nuevamente una manera de poner a todos en un pie de igualdad que niega las diferencias generacionales, en decidir una fecha de finalización dentro de algunas semanas.

¿Happy end? El padre nos dará las gracias al final de la sesión, lo que es excepcional. Estas gracias pueden parecer particulares. ¿Nos está agradeciendo de poder despegarnos sin rechazarlo? ¿Que su mujer haya evocado el fin de semana de encuentros familiares le permitió tomar conciencia del camino recorrido? ¿Está más en el tiempo? ¿Estuvo más sensible a la diferenciación que establecimos entre las historias de sus padres y aquellas de sus hijos?

Nos parece que la terapia familiar permitió salir del pegoteo, una separación de espacios, una transformación de angustias catastróficas, pero el elemento más patológico, el más activo en el mantenimiento de esta problemática, el padre, ¿pudo haber evolucionado? ¿Pudo su narcisismo haber sido suficientemente tratado para permitirle entrar en el tiempo y en la historia?

Resumen

Los autores muestran de qué manera el método psicoanalítico puede ser operante en un encuadre diferente al de la cura tipo, sin por ello tener que renunciar a las referencias fundamentales de la transferencia, en este caso transferencia sobre el objeto-pareja formado por los terapeutas, y a pesar de las resistencias al cambio sostenidas por mecanismos de defensa que son específicos de los grupos, como la denegación común. La presentación clínica

intenta mostrar el funcionamiento del neo-grupo creado en el aquí y ahora por la familia y la pareja de analistas, representando así a una tercera generación.

Palabras claves

Herencia. Transmisión no simbolizada. Lo transgeneracional versus lo intergeneracional. La separación-individuación imposible.

**From one generation to the other ...
The process in psychoanalytic family therapy**

Abstract

The authors demonstrate how psychoanalytical method proceeds in an environment which is not individual therapy while including the same fundamental references of transfer. Here the transfer is on the couple created by the two therapists and the resistance to change which is caused by some mechanisms of defence specific to groups such as common denial. This presentation aims at showing the functioning of the group created here and now by the family and the couple of therapists, the latter representing a third generation.

Key words

Legacy/inheritance, non symbolic transmission, trans generational versus inter generational, impossible separation – individuality.

**D'une génération, l'autre...
Le processus en thérapie familiale psychanalytique**

Rèsumé

Les auteurs montrent comment la méthode psychanalytique est opérante dans un cadre différent de celui de la cure individuelle, sans renoncer aux références fondamentales du transfert, ici transfert sur l'objet-couple formé par les thérapeutes, et de la résistance au changement entretenue par des mécanismes de défense spécifiquement groupaux comme les dénis en commun . La présentation clinique vise à montrer le fonctionnement du neo- groupe formé hic et nunc par la famille et le couple d'analystes figurant une 3e génération.

Mots clés

Héritage. Transmission non symbolisée. Le trans-générationnel à l'encontre de l' intergénérationnel . L'impossible séparation- individuation.